

Dirigido por

**Jean Lopez**

# **LA GUERRA EN LA ANTIGÜEDAD**

Traducción del francés

Paz Pruneda

la esfera  de los libros

<b>Presentación</b> .....	11
<b>I. Guerras y batallas</b>	
Qadesh: primera victoria de la propaganda .....	16
Maratón, una auténtica hazaña, pero un éxito a medias .....	25
Leuctra o el triunfo de la geometría sobre el número .....	32
Hidaspes: Alejandro en los límites de su sueño conquistador .....	38
Cinoscéfalos, un enfrentamiento ejemplar .....	44
Carras, el comienzo de la pesadilla parta .....	49
Alesia: la trampa casi perfecta .....	56
Accio: ¿qué pretendía hacer Antonio en esa galera? .....	62
Teutoburgo, la batalla de la que Alemania creó una leyenda .....	68
Adrianópolis, el final de las legiones .....	75
Campos Cataláunicos, un combate entre bárbaros .....	82
Dossier: Atenas contra Esparta. La Guerra del Peloponeso .....	89
<b>II. Armas y tácticas</b>	
El carro de guerra marca el camino a los grandes imperios .....	118
El elefante de combate: ancestro indomable del carro de asalto .....	124
Honderos, esos francotiradores que traspasan los años .....	130
Trirreme, su nombre siempre conlleva misterio .....	136
La artillería, baza tecnológica de Roma .....	143
La <i>dolabra</i> , la herramienta polivalente del legionario .....	150
Máquinas de asedio, un antiguo invento de la ingeniería .....	152
<i>Pilum</i> y <i>gladius</i> , los dos hierros del ejército romano .....	158
Campamentos fortificados, modelos del poder de Roma .....	161
¿Por qué la legión rompió la falange? .....	164
Vegecio: su manual de tácticas estuvo vigente durante más de un milenio .....	173
Dossier: Aníbal contra Roma. El enigma de la derrota cartaginesa .....	179

**III. Los caudillos**

Nabucodonosor, terror y gloria .....	212
Los resortes ocultos del <i>Anábasis</i> de Jenofonte .....	218
Ciro, el gran conquistador olvidado .....	224
Filipo de Macedonia, digno padre de su hijo .....	231
Escipión el Africano: el valor no entiende de edad .....	237
Pompeyo el Grande, del Capitolio a la roca Tarpeya .....	245
Julio César, el hombre con prisas .....	251
Vercingétorix, el hombre de un solo año .....	258
Juliano el Apóstata, el general filósofo .....	265
Dossier: el ejército de Alejandro Magno. La receta de la invencibilidad .....	273

**IV. Las tropas**

El ejército asirio: el pionero .....	302
Los Inmortales, un mito del ejército persa escrito en griego .....	312
El batallón sagrado tebano, profesionales ante todo .....	317
Los peltastas encuentran el punto débil de la falange .....	321
Guerra de mercenarios: las malas cuentas de Cartago .....	326
La legión en combate: apisonadora de bárbaros .....	333
Los vélites, soldados de infantería ligera con una técnica de vanguardia .....	340
El arquero romano, un auxiliar despreciado pero indispensable .....	346
Los catafractos, acorazados de choque venidos de Asia .....	351
Los pretorianos, hombres próximos pero poco fiables .....	357
Dossier: la caída del Imperio romano. ¿Suicidio o asesinato? .....	363

<b>Glosario</b> .....	393
-----------------------	-----

# PRESENTACIÓN

Hace once años, apenas unos meses después del lanzamiento de la publicación *Guerres & Histoire*, planté una encuesta entre los lectores para conocer mejor sus expectativas. A la pregunta: «¿Qué época de la historia militar prefiere?», la mayoría de participantes de más de cincuenta años respondió: «El siglo xx». Era un resultado esperado. En cambio, más de la mitad de las personas menores de treinta años se declaró a favor de la Antigüedad, lo que constituyó toda una sorpresa para mí. ¿De dónde venía ese interés? A decir verdad, tanto en el colegio como en el instituto, el estudio del griego y del latín parece estar abocado a su desaparición y, en los manuales de historia, los cuarenta siglos de la Antigüedad pesan muchísimo menos que un siglo xx cuyos mayores hitos se encuentran muy próximos al tiempo presente. ¿Sería esa pequeña parte de nuestra educación escolar la que suscitaba ese apetito por la Antigüedad? O bien, por barajar otra hipótesis, ¿se trataba del efecto positivo de los videojuegos, del auge por ese tipo de estética, de los *wargames* y otros juegos de estrategia? Es evidente que no podemos ignorar el increíble éxito de *Age of Empires* y, poco después, de *Total War: Roma*. ¿Habría influido también el cine en esa fascinación? Tras la edad de oro del *péplum* (cine histórico de aventuras épicas o míticas), entre 1930 y 1960, y el gran vacío que le sucedió, hoy en día asistimos, es imposible negarlo, a un renacimiento del género a partir de la primera década de los años 2000, bajo la forma de series o de éxitos de taquilla de lo más sangüinarios. Si bien mi intercambio con los lectores de la revista no me permitió resolver con total certidumbre el enigma del regreso de los hoplitas y los legionarios, sí me fue posible extraer al menos una conclusión, confirmada por la reciente irrupción de lo antiguo en el campo de la literatura fantástica: la Antigüedad fascina porque para la mayoría de la gente continúa siendo una *terra incognita* poblada de héroes, de semidioses y de conquistadores extraordinarios; un rincón casi mágico de la aventura humana en la que, pese a sus reducidos medios tecnológicos, se construyeron decenas de imperios y civilizaciones, cuyo rastro ha desaparecido casi por completo en la actualidad.

El sueño, como la imaginación, no excluye el conocimiento: este, por el contrario, supone todo un acicate. Jugar con la consola o la tableta, a menudo suele suscitar gran cantidad de preguntas sobre problemáticas históricas: ¿cuándo apareció la guerra, esa violencia organizada, en la historia de la humanidad? ¿Por qué se convirtió, desde la época de los sumerios, en un invento de la ciudad y del Estado, y en el modo habitual de resolver los conflictos? ¿Por qué razón los asirios valoraban hasta ese extremo la agresión, la conquista, el uso del terror y los primeros sueños de dominación del mundo? ¿Por qué lo construido por Asurbanipal o Alejandro no resistió mientras que el Imperio romano pareció eternizarse? ¿Cómo es posible que legiones invencibles pudieran ser derrotadas por jinetes errantes venidos de las estepas o por hordas de germanos caídos de los árboles? ¿Cómo no asombrarse por el hecho de que, a pesar de tener una economía de estricta subsistencia, en la Antigüedad no cesaran de levantarse ejércitos, edificarse fortificaciones, inventarse máquinas para derribarlas, ejecutarse a los vencidos o reducirlos a la esclavitud? Hace casi 5.000 años, bajo el estandarte de Ur, ya podían verse desfiles de soldados de infantería precedidos de carros de guerra: una visión moderna.

El ejército asirio alineó, a propósito de la batalla de Qarqar, en el 853 a. C., a 75.000 soldados de infantería, 5.000 jinetes y 2.000 carros. En el campo de batalla de Cannas, seis siglos más tarde, durante la segunda guerra púnica, pudieron contarse 45.000 cadáveres, abatidos en pocas horas. Cifras semejantes desafían cualquier entendimiento y no serán superadas hasta la aparición de Napoleón. La guerra antigua obligaba a los estados a realizar esfuerzos desmesurados. Su puesta en marcha exigía escribas, almacenes, carromatos,

cisternas, rutas, herramientas, millones de documentos contables y, muy pronto, flotas para asegurar su logística. Lo mejor de la tecnología —la metalurgia del bronce y más tarde del hierro— estaba a su disposición, y los más grandes sabios e ingenieros no dudaron en aplicar su ingenio a la causa, como Arquímedes de Siracusa o Apolodoro de Damasco. Desde que se creó, la organización militar no ha cesado de diversificarse, de adaptarse o de innovar, con mucha más rapidez que el campo civil. Si bien la infantería domina todo el periodo, los carros, y más tarde la caballería y la ingeniería, desempeñan también un rol importante. A la lanza, la honda, el hacha y el escudo se suman la espada y, más adelante, el arco compuesto, seguido por la armadura y otros mecanismos de lanzamiento. La batalla constituye, en primer lugar y por encima de todo, el asedio a una población antes que un enfrentamiento ordenado. El grado de organización —y de entrenamiento— de la falange macedonia o de la legión romana es tal que suscitará la admiración de los modernos, a la vez que el estudio minucioso de las formas tácticas utilizadas en Leuctra o en Cannas. Todos los conquistadores europeos se compararán con Alejandro y con César, con Aníbal y Pompeyo, todos leerán la *Iliada*, la *Anábasis* y los tratados de Vegetio,\* al igual que todo aristócrata querrá hacerse guerrero y que todo rey se imaginará luciendo una corona de laurel. Durante mucho tiempo el relato del enfrentamiento de Aníbal y de Escipión el Africano recogido por Tito Livio servirá de modelo a Wallenstein y Gustavo Adolfo II, al gran Condé y al general Montecuccoli, a Marlborough y a Villars, para luego recaer en Napoleón quien, poco antes de su muerte, dictaba a Marchand un *Comentario sobre las guerras de Julio César*.

El legado militar de la Antigüedad es inmenso. Esa es la razón por la que, en el fondo, *Guerres & Histoire* se ha visto obligada a ofrecer en cada uno de sus números al menos un artículo sobre la guerra antigua y, de forma regular, un extenso informe documental. Ahora, la editorial Perrin ha querido reunir lo mejor de ese esfuerzo y presentarlo en un nuevo formato. El resultado es esta cuidada obra que ahora tiene entre sus manos. Comienza con la primera batalla lo suficientemente conocida para poder reconstruir sus fases y numerar sus unidades, la de Qadesh, en 1274 a. C., y finaliza con la caída del Imperio romano de Occidente. Está constituida por sesenta y un artículos aparecidos en *Guerres & Histoire*, a los que se han añadido otros cinco inéditos. Sus cuatro partes abordan sucesivamente las guerras y las batallas, los ejércitos y las tácticas, los caudillos y, finalmente, el cuerpo de tropa, desde los persas inmortales a los catafractos precursores de la caballería pesada de la Edad Media. Cada uno se cierra con un dossier con múltiples entradas que evocan un hito esencial: la guerra del Peloponeso, la segunda guerra púnica, el ejército de Alejandro Magno o la caída del Imperio romano. El lector encontrará en estas páginas la riqueza iconográfica que ha constituido el éxito de *Guerres & Histoires*, así como mapas y esquemas, con recreaciones de Giuseppe Rava, el gran pintor de la guerra antigua. En prácticamente cada artículo podrá descubrir también entrevistas realizadas a historiadores de prestigio. En resumen, esperamos haber reunido todo el material necesario para permitir un hermoso e intenso recorrido a través de cuarenta siglos de guerras. Y ahora, cedo el paso a los *pilum* y los *linothorax*.

JEAN LOPEZ

---

\* Los nombres seguidos por un asterisco remiten a una entrada recogida en el glosario al final del libro.

# **I. GUERRAS Y BATALLAS**

# Qadesh: primera victoria de la propaganda

En el siglo XII a. C., el ejército de Ramsés II aplastó a los hititas en Qadesh. Sin embargo, ¿fue realmente una victoria del faraón? Conmemorada en los muros de los templos egipcios, la primera batalla documentada de la Historia inaugura también las grandes operaciones de propaganda.

Por ÉRIC TRÉQUIER

Los flautistas marcaban con ritmo desabrido el paso lúgubre de miles de soldados de tez cobriza que portaban corazas forradas de algodón, escudos de mimbre cubiertos de piel de búfalo y lanzas de puntas de bronce. Trescientos carros, montados por veteranos arqueros encuadraban esa masa compacta de más de tres mil hombres, que se movía como un ballet por sus flancos. A la cabeza, el general, erguido sobre su carro de gala, con el cetro de mando en la mano. A pocos pasos le sigue su guardia personal: una centena de nubios color ébano armados con los temibles *khopesh*, la espada cuya forma recuerda la pata trasera de un antílope; y, a continuación, otro centenar de libios, ataviados únicamente con un taparrabos de cuero y una capa de piel de vaca. En el centro y en la cola se encontraban cientos de asnos cargados de material y conducidos por una miríada de esclavos.

En ese décimo día del tercer mes del quinto año de reinado de Ramsés II, la tropa egipcia que serpentea por los caminos del actual sur de Siria es la división P’Ra, así llamada en honor al dios que tutela la ciudad del mismo nombre —el dios del sol Ra, en Heliópolis—, al igual que sus tres unidades hermanas, Amón, Ptah y Seth, que la acompañaban en esa expedición y constituían el grueso de las tropas que la XIX dinastía de Egipto consiguió movilizar.

Apenas despuntaba el alba cuando la división P’Ra penetraba en la polvorienta meseta teniendo al fin a la vista, tras treinta días de agotadora marcha, el objetivo de su campaña: Qadesh. La orgullosa ciudad, aliada de los temibles hititas, se erigía ligeramente hacia la derecha, a media docena de kilómetros de la tropa que se aproximaba, sobre un rocoso saliente, en la confluencia del Orontes con uno de sus afluentes. Pese a la distancia, tanto el general como el más humilde de los porteadores, podían divisar las masivas fortificaciones: el asedio sería difícil. Aun así, no había duda de que las murallas de Qadesh no podrían resistir por mucho tiempo al más poderoso ejército del momento.



Lo que los soldados ignoran, sin embargo, es que el verdadero objetivo de Ramsés no es la ciudad en sí misma, sino todo el valle del Orontes, que desciende, a través del reino amorreo (al norte del actual Líbano), hasta el mar. ¿Por qué? Porque se trata de la mayor vía de paso del comercio de Oriente, especialmente del estaño, extraído de las montañas de la actual Afganistán, y transportado por los mercaderes asirios. Los hititas no poseían ninguna mina de ese metal tan raro. Y por ello resultaba vital para su pueblo, puesto que lo necesitaban para transformar el bronce, con el que fabricaban sus armas, y al que el reino amorreo le debía su riqueza y su importancia.

### Una avalancha de carros

Lejos de esas consideraciones geoestratégicas, los oficiales, erigidos sobre sus carros, avistaron, ligeramente a su izquierda, a unos cuatro kilómetros, el campamento de cuatro mil hombres de la división Amón, asentado allí desde la víspera con Ramsés. Las divisiones Ptah y Seth les seguían a tres o cuatro días de marcha. En cuanto al rey enemigo, Muwatalli,\* y sus hititas, se encontraban, según calculaban los oficiales, en Alepo: un lugar alejado, a más de una semana de camino. El vivac, se murmuraba entre la tropa, quedaría establecido antes del mediodía, y cada uno podría descansar tras una sólida empalizada de escudos. Algunos hombres casi podían saborear las cebollas que sazonarían las gachas de mijo. Vana esperanza...

Son los hombres del ala derecha los que dan la voz de alarma al percibir un estruendo bajo sus pies. Como curtidors soldados que son, saben lo que eso significa: ¡miles de caballos! Y de hecho, sobre el flanco de la pequeña colina que se alza sobre su división, ven cernirse sobre ellos veinte, cien, doscientos, quinientos carros, si no más... Hititas, no hay duda: sus carros, más pesados, soportan un equipo de tres hombres —conductor, arquero píquero y escudero— mientras que los carros egipcios no llevan más que a un conductor y un arquero... Las órdenes vuelan. Los hombres tratan de cerrar filas. Demasiado tarde. En un choque aterrador, una parte de los carros hititas embiste de pleno el flanco de la infantería egipcia, mientras que los otros dispersan los carros egipcios que la acompañan. El impacto es tan fuerte que algunos enganches atraviesan la división de parte a parte. A los gritos de los heridos se suma el crujido de huesos rotos por la embestida de los caballos y las ruedas de los carros, el choque de las lanzas y el chasquido seco del bronce contra el bronce.

### Ramsés desata su furia

En apenas diez minutos, la orgullosa división P’Ra no es más que un tropel de soldados en fuga acosados por las lanzas de los hombres de Muwatalli que les persiguen hasta tenerlos frente al muro de escudos del campamento de la división Amón, un frágil obstáculo, mal defendido además. Los hititas, que apenas ven frenado su avance, penetran en el campamento donde desatan una nueva oleada de pánico entre las tropas del faraón. La división





Los hititas, que habían aniquilado a dos divisiones del ejército egipcio, fueron detenidos por la feroz resistencia de Ramsés II y su guardia personal.







Prava'n



Amón también se rompe. Todo parece perdido. Pero Ramsés va a demostrar que es, sin lugar a dudas, el gran rey en el que se convertirá... Para poner a salvo a los miembros de su familia, reúne a su guardia y se reviste con su armadura de bronce y *electrum*, una aleación de oro y plata.

Lo que siguió fue relatado por los testigos en el boletín real egipcio: «Ramsés se montó sobre Nakhtemouasé (Victoria en Tebas) su gran caballo de batalla, y se lanzó al galope. Su majestad se mostraba poderoso, su espíritu era intrépido, y nadie osaba plantarle cara. El terreno por el que pasaba parecía arder, y una llama había abrasado todos los países extranjeros con su calor. Sus ojos eran feroces y su poder arrojaba fuego contra ellos: se adentró entre las filas de los hititas y de los innumerables países extranjeros que se habían unido a ellos. Su porte se asemejaba a Seth con su gran fuerza y a Sekhmet (diosa de cabeza de león) al exterminar con gran furor hasta el último hombre del ejército hitita, así como a numerosos oficiales, incluidos sus hermanos y todos los príncipes de los países extranjeros que habían venido con él. Los soldados caían de bruces al suelo, uno sobre otro, mientras que su majestad los abatía en el sitio, de suerte que formaban hileras de cadáveres ante sus caballos. Y durante esos momentos el rey estaba solo, sin nadie que lo acompañara».

Una carga feroz, en efecto. Entonces llegó el turno de los hititas, que creían haber resuelto la empresa y ahora saqueaban el campo, de ponerse a la defensiva. Tanto más cuando Ramsés, ese mismo día, va a verse bendecido con uno de esos golpes de suerte del destino que hacen bascular las batallas: una división de apoyo emerge por el norte. Esos Ne'arin (que los egiptólogos estiman arbitrariamente se componían de 2.000 hombres), reputados mercenarios, sin duda cananeos, se precipitan al combate y repelen a los hititas con más eficacia que las tropas de la división Ptah, que ha llegado a marchas forzadas, para unirse desde el sur. ¡Los hititas se dan a la fuga!

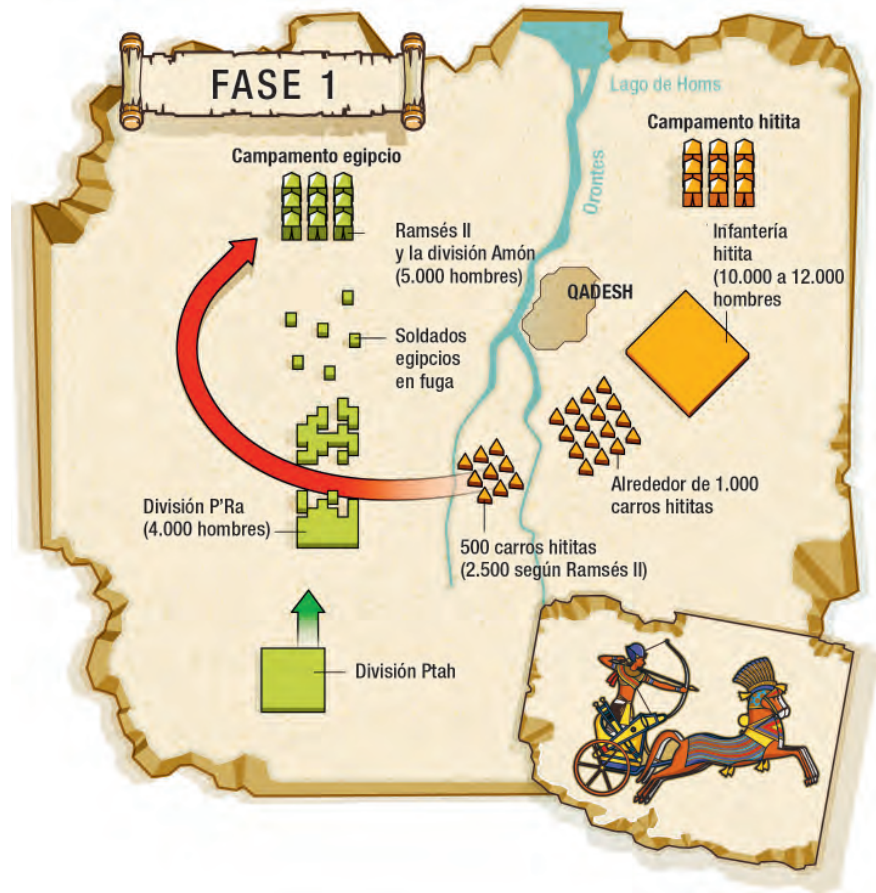
### ... y Muwatalli reacciona demasiado tarde

¿Qué hace Muwatalli mientras tanto? Nada. Él, que dispone (según los registros egipcios sin duda exagerados) de 3.500 carros y de 19.000 hombres de infantería, entre hititas y enviados de sus dieciocho estados vasallos (Arzawa, Masa, Mukka, Gasgas, Kizzuwadna, Carchemish, Ugarit, Oode, Nuhasse y Qadesh, principalmente), pierde la ocasión de su vida. Muwatalli no ordena a sus soldados de a pie seguir a sus carros, porque no se esperaba una desbandada tan rápida de los egipcios. Además, según estima el historiador militar británico Alfred H. Burne en *Queques notes sur la bataille* (Algunas notas sobre la batalla), sin duda le estorban «las nubes de polvo levantadas por la batalla». Cuando por fin se decide a enviar otra oleada de un millar de carros, ya es demasiado tarde. Sus tropas huyen hacia el Orontes. Las ciénagas les esperan: directos a una muerte por ahogamiento. Dos hermanos del rey, su secretario, el jefe de su cuerpo de guardia y cuatro príncipes pierden la vida. La batalla ha terminado.

Los egipcios quedan como dueños del campo de batalla, no tanto por las proezas de su ejército sino por el fracaso de la brillante maniobra imaginada por Muwatalli. Ramsés informará de que este le ha pedido «el aliento de

### Los hititas: una antigua civilización de solamente... un siglo

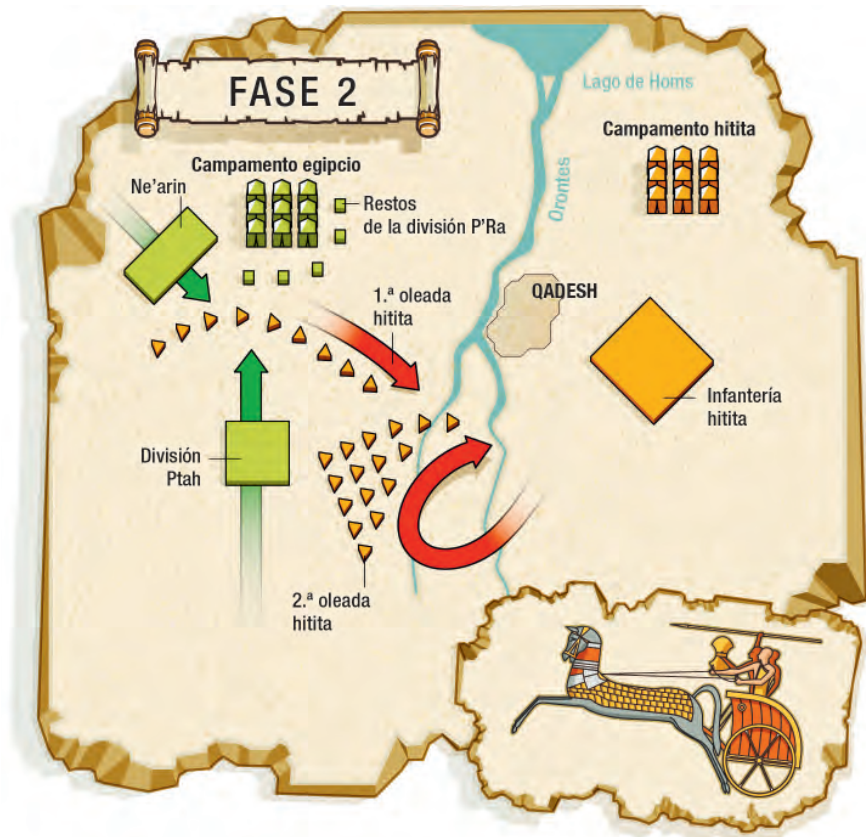
Especialista en la Antigüedad, el profesor alemán Otto Puchstein estudia, a principios del siglo xx, las tablillas en Estambul cuando un amigo le proporciona una tablilla de arcilla procedente de la pequeña ciudad de Bogazkoy (hoy en día Bogazkale) en Anatolia central, ¡imposible de traducir! Un problema enervante, pero también fascinante para ese erudito que conoce el babilonio, el sumerio, el demótico egipcio y una decena de escrituras diferentes. Para saber más se desplaza al lugar. Es allí cuando en 1907 saca a la luz una de las mayores ciudades de la Antigüedad: Hatusa, capital del cuarto imperio del antiguo Oriente, similar a Babilonia, Asiria y Egipto.



**LA BATALLA**

La división P'Ra, que se dirige hacia el campamento de Ramsés, es sorprendida y aniquilada por una columna de varios centenares de carros hititas que, en su acometida, arrollan también a la división Amón, y luego amenazan a Ramsés...

El coraje del faraón –y la llegada de refuerzos– obligan a los hititas a retirarse sin haber hecho combatir en ningún momento a su infantería. En consecuencia, pierden varios centenares de hombres, y los egipcios entre 2.000 y 4.000... Pero estos últimos permanecen como dueños del campo de batalla.







Los carros egipcios con el eje más retrasado son mucho más estables y manejables que los carros hititas, aunque también más frágiles.

Angus McBride



vida», es decir, que ha reconocido su derrota. El egiptólogo británico sir Alan Gardiner ha revelado incluso, gracias a las inscripciones egipcias, la súplica que le habría dirigido Muwatalli: «¡No seáis demasiado duro con nosotros, victorioso rey, dejadnos respirar!».

### Una victoria grabada por todo Egipto...

En la contienda, el ejército egipcio perdió probablemente entre dos mil y cuatro mil hombres: mucho más que los hititas, que apenas comprometieron a su ejército. ¡Pero poco importa! Qadesh será «la» victoria que Ramsés necesitaba. Para convencer al mundo entero y, especialmente, a su pueblo, va a difundir por todo Egipto testimonios de su triunfo. La batalla puede encontrarse por lo menos en cinco grandes templos: Abu Simbel, en Abidos, sobre dos muros del templo de Ra en Karnak y en Luxor, en el templo de Amón, y en Tebas, en los cuatro muros del Ramesseum (templo funerario). Y eso no es todo: los arqueólogos han exhumado múltiples copias de textos encargados por Ramsés para celebrar la derrota hitita. Los más conocidos son un poema atribuido a «Pentaur» (el escriba que lo redactó), un épico relato oficial, llamado el «boletín», con minuciosas descripciones redactadas en tiempos de Ramsés, y esculturas expuestas en los templos. Todas celebran —como no podía ser menos— la victoria total del faraón sobre los hititas. Y es gracias a esas piezas como se ha podido reconstruir, por primera vez en la historia, el desarrollo de una gran batalla.

Durante siglos, nadie cuestionó esa versión. Hasta que, en 1907, se descubrió Hatusa, más al norte, en las altas planicies de Anatolia azotadas por los vientos llegados de la estepa. La capital hitita alberga una enorme biblioteca: 30.000 tablillas de arcilla que necesitarán una decena de años para ser descifradas. ¿Y qué dicen esas tablillas? ¡Que los egipcios ganaron la batalla pero perdieron la guerra! Muwatalli II, que dirigió la ofensiva hitita desde las orillas del Orontes, no dejó testimonio de la batalla. Sin embargo, su sobrino Tudhaliya IV evoca la victoria de su pueblo en un tratado con el rey amorreo Shaushgamuwa. Recuerda que «regresó al país de Apa, en tiempos en los que Muwatalli había derrotado al rey de Egipto y al de los amorreos». Las tablillas hititas revelan además otras «anomalías» preocupantes, que han llevado a los egiptólogos a comprender (por fin) ciertos pasajes de los textos egipcios que permanecían aún oscuros.

#### «¡Eh, Ramsés, detén tu carro!»

¿Acaso el faraón, en la excitación del combate, tuvo una visión? En el poema de Pentaur, se explica que en pleno combate, Amón, su dios tutelar, se le apareció en persona y le dijo: «¡Ramsés amado de Amón! Estoy contigo, soy yo, tu padre, mi mano está sobre la tuya. Yo valgo más que cientos de miles de hombres, yo, el señor de la victoria, que ama el valor». Esa visión parece haber permanecido en su cabeza hasta el punto de que la mencionará toda su vida.

### ... y enormemente exagerada

La primera anomalía es que son los egipcios los que abandonan el campo de batalla a los dos días del combate, sin perseguir a los hititas, ni efectuar el asedio de Qadesh. ¡Se trata de algo totalmente contrario a los usos de la época! Los textos dicen que Ramsés continuó batallando el segundo día para «castigar a los rebeldes». ¿Qué rebeldes? ¿Los hititas? Imposible: Ramsés jamás los hubiera llamado así. ¿Se trata entonces de otro ejército? Es muy improbable: cuesta imaginar que una tercera fuerza se arriesgara a penetrar entre las dos beligerantes. Hoy en día, tras años de investigaciones, al menos se está un poco más cerca de descubrir la verdad: ¡se trata del mismísimo ejército egipcio!, pues Ramsés, según explica el boletín oficial, estaba cegado por la rabia por haber sido abandonado en el momento más crucial. Y como castigo mandará ejecutar a una parte de los hombres de Amón y de P’Ra, las divisiones que han flaqueado. Se trata del primer ejemplo de diezma, una práctica popularizada por los romanos, que consiste en ejecutar a un soldado de cada diez elegidos al azar, para escarmentar a una unidad por haber desobedecido.

En cuanto al resto, «la única cosa de la que estamos seguros, es que se vio obligado a retirarse al segundo día», constata el historiador canadiense Antonio Santosuosso. Es preciso añadir que después de haber perdido una parte de sus tropas, durante la batalla o más tarde, Ramsés ya no tenía medios para continuar su avance. Transcurridos dos días, el ejército egipcio tuvo pues que levantar el campamento. Con los hititas en sus talones, Muwatalli los perseguirá hasta Damasco. El balance para Ramsés es, por tanto, catastrófico: Qadesh permaneció en poder hitita. Muwatalli colocó incluso un nuevo rey en el trono del reino amorreo. La visión egipcia de esa batalla se presenta ahora, sin embargo, como lo que fue en realidad: una manipulación digna de las victorias comunicadas por el periódico *Le Moniteur*, de Napoleón, sobre la campaña de Rusia, o la «elástica defensa» del Reich proclamada por el *Völkischer Beobachter* en 1945. «Los faraones —explica el egiptólogo británico Kenneth Anderson Kitchen—, habían comprendido muy bien el impacto a largo plazo de una reiteración enfática, mucho antes de la llegada de la televisión o de la publicidad».

Al final, serán necesarios nueve años de guerra y tres grandes campañas para que Ramsés recupere una parte de lo que perdió en Qadesh. Sin embargo, hacia 1258 a. C., los dos reinos firman el primer tratado de alianza conocido en la Historia, cuyo rastro puede encontrarse en los muros de Karnak y en las múltiples tablillas de Hattusa: «Ramsés, el gran rey, el rey del país de Egipto, se compromete a no atacar jamás el país de Hatti para tomar posesión de sus tierras. Y Hattusili, el gran rey de ese país, no deberá atacar nunca el país de Egipto para apoderarse de sus tierras». Ese tratado no será nunca vulnerado.

### Cronología

- 1354-1324 a. C. Los hititas destruyen el reino de Mitani (actual Siria), aliado de Egipto. Comienza la rivalidad.
- Hacia 1310 El faraón Horemheb (1322-1294 a. C.) apoya, sin éxito, la rebelión de los vasallos de los hititas en Siria.
- 1294 Ramsés I faraón.
- 1202-1279 a. C. (?) Seth I logra victorias sin trascendencia contra los hititas en Siria.
- 1279 (?) Llegada de Ramsés II.
- 1274 (?) Batalla de Qadesh, *statu quo*.
- 1272-1270 a. C. (?) Nuevas campañas de Ramsés II en Siria, sin repercusión.
- 1258 (?) La presión asiria obliga a Hattusili III, sucesor de Muwatalli II, a firmar un tratado de paz con Ramsés II.



# Maratón, una auténtica hazaña, pero un éxito a medias

En el 490 a. C. tuvo lugar una carrera en Maratón. Pero no la que ha consagrado la mitología. Tras haber rechazado a los persas hacia el mar, miles de hoplitas corren al trote hasta Atenas, que había quedado desguarnecida, para tomar por sorpresa a la flota de Darío. Sin embargo, ese éxito no puso fin a las conquistas persas en el mar Egeo. Y así, en el siglo V, la batalla se convierte en el símbolo de superioridad de un ejército aristocrático, compuesto por pequeños propietarios.

Por ÉRIC TRÉGUIER

«Alalá, alalá, alalá...». El sonido es profundo, ronco, casi animal: el peán\*es entonado por diez mil hoplitas mientras el sol asciende por el horizonte de ese 17 de septiembre del 490 a. C. Varios cientos de metros más abajo, en la llanura de Maratón, se encuentran los persas, probablemente cincuenta mil. Han llegado bajo las órdenes de su emperador, Darío I,\* para castigar el orgullo de las ciudades que han apoyado la revuelta de los griegos en Jonia. En el año 498 a. C., en alianza con los eretrios y los atenienses, esos insolentes saquearon Sardes, uno de los pilares del Imperio aqueménida\*en Asia Menor, y Darío no había olvidado la afrenta. Se percibe cierta inquietud y dudas entre las filas persas mientras que se organizan, algo no demasiado sorprendente en un ejército que cuenta, al parecer, con cuarenta y seis naciones y, prácticamente, el mismo número de lenguas. Pero la causa de esa vacilación no es solo lingüística. Nadie entiende por qué los griegos, acampados desde hace cinco días en lo alto y negándose a entrar en combate, han decidido atacar. La respuesta debe buscarse entre los persas: harto de esperar, su general, Datis, ha decidido esa misma mañana embarcar un contingente para atacar Atenas, indefensa. Los caballos, temidos por los griegos que no cuentan con caballería, ya están en las calas con una parte de las tropas. El movimiento no ha pasado desapercibido a los observadores enemigos. Los persas, sin embargo, tienen total confianza en su aplastante superioridad numérica, y las diferentes tropas terminan por ocupar su lugar. En la retaguardia, los arqueros, dispuestos en ocho o nueve filas, se apartan y dejan avanzar a los *sparabara*, los escuderos, que van a formar, en una o dos filas, un muro con sus pavese de mimbre y madera sostenidos por trípodes.



Maratón, donde desembarcaron los persas venidos de Asia Menor, se halla al norte de Ática. Derrotados, los invasores rodearon el cabo Sunión, al sur del Ática, pero se toparon con los vencedores, que cubrieron treinta y ocho kilómetros en seis horas.

### Los griegos penetran y atrapan

«Alalá, alalá, alalá...». Un largo reguero color bronce se estremece en la llanura. El peán cesa. Hay que guardar fuerzas. En contraste, los hoplitas hacen resonar sus escudos golpeándolos con la madera de sus lanzas, y aceleran. El dramaturgo Aristófanes ofrece en su comedia *Las avispas* una sobrecogedora imagen de esa masa en movimiento: «Corrimos veloces, el escudo en una mano, la lanza en la otra, para presentar combate, hirviendo de rabia hasta mordernos el labio y hacerlo sangrar. Bajo la nube de flechas, no se podía ver el sol». Pero no es solo una imagen: ¡los diez mil arqueros del rey de reyes están entrenados para lanzar seis flechas por minuto!

Nadie en un principio resiste a esa lluvia de hierro. Nadie, salvo, ese día, los griegos: las flechas de caña, demasiado ligeras, rebotan contra cascos, corazas y escudos... Apenas mermada por varios lances afortunados, la línea griega se aproxima. Los *sparabara* cierran instintivamente sus filas, apoyados en sus escudos, con las lanzas apuntadas hacia esa oleada de bronce que se despliega.

La pantalla de mimbre persa no se sostiene por mucho tiempo. Las pesadas lanzas de los hoplitas la atraviesan fácilmente y, tras ellas perforan pechos y desgarran rostros, protegidos por un simple gorro de fieltro. Sin embargo, el centro persa, compuesto por las mejores tropas, aguanta la embestida y, poco a poco, hace valer su número: el delgado cordón de asaltantes —de solamente cuatro filas— empieza a plegarse. Los *sparabara* ya se ven vencedores y avanzan... Pero no hacen más que caer en una trampa. Los griegos han dirigido sobre los flancos persas a sus regimientos más poderosos de ocho filas de fondo. Esa densa masa rechaza los contingentes aliados, menos sólidos, formando dos pinzas que amenazan con atrapar a todo el ejército del gran rey.

Cuando los soldados de Darío advierten la amenaza, ya es demasiado tarde. Cada uno trata de escapar como puede y se precipita hacia los barcos de la playa. Una carrera desenfundada de varios cientos de metros. Para ir más rápido, muchos abandonan sus armas. Los pesados hoplitas, obstaculizados por su equipamiento, empiezan a distanciarse. En la persecución, sus líneas pierden cohesión y se exponen peligrosamente a los proyectiles lanzados desde los puentes de los navíos. La batalla en la playa es más costosa que la de la llanura. Destacan entre los caídos el comandante en jefe (*polemarcho*) Calímaco, y uno de los diez generales (*strategoï*), Estesileo. Uno de sus colegas, Milcíades\* logra sin embargo reivindicar la victoria: ciento noventa y dos griegos caídos contra seis mil cuatrocientos persas, y siete navíos capturados.

Los cascos utilizados en Maratón son, en su mayoría, de estilo corintio. Coronados de plumas o de una cresta destinada a hacer al combatiente todavía más impresionante.

La dory –la sólida lanza de combate griega– mide entre 2,5 a 2,7 m, bastante más larga que el 1,80 de la lanza persa. La pechera y la pelvis del hoplita están protegidas por un linotórax, armadura hecha de capas de lino superpuestas, eficaz contra las flechas y dotada con un pteruges, pieza de cintas de cuero destinada a proteger la entepierna.

El hoplita de Maratón recibe su nombre del hoplon, escudo de madera, bronce y cuero. Este permite a la falange griega presentar un caparazón impenetrable.

En Maratón, los hoplitas se libraron de las heridas «bajas» (piernas, muslos...) gracias a sus cnémidas o grebas, espinilleras de bronce que rechazaban las flechas.

El xifos es la espada de doble filo (sesenta centímetros de largo) del hoplita. Solo se utiliza cuando la lanza se ha roto o perdido.



### **Carrera de fondo con veinticinco kilos a la espalda**

Sin embargo, no queda tiempo para felicitarse. Los ciento noventa y tres navíos y los veinte mil persas que lograron escapar partieron hacia el sur, en dirección a Atenas, que había quedado desprotegida. Los aliados plateos, muy mermados, y los supervivientes de dos tribus (la ciudad cuenta con diez), las más afectadas, son dejadas en el lugar para enterrar a los muertos. El resto del ejército, entre seis y siete mil hombres, emprende el camino a Atenas. A pie, después de dos o tres horas de feroces combates, en pleno mediodía bajo el ardiente sol del verano griego... Y con veinticinco kilos de armas y armaduras a la espalda. Pero tras seis o siete horas de agotadora marcha, los hoplitas se alinean en la orilla, bien a la vista de los barcos persas. Mensaje recibido: los invasores huyen rumbo a Asia Menor y Persia.

Así se pasa de una situación desesperada a una espléndida victoria. Maratón reunía todos los elementos para convertirse en mito, y no son una, sino dos, las leyendas que surgen de la batalla. La primera, y más conocida por el público, es la que transforma esa hazaña colectiva de marchadores en una hazaña individual. Pero más interesante aún, desde el punto de vista histórico-militar, es aquella que transforma un éxito local en un triunfo estratégico, es decir, de la civilización: «Maratón se ha convertido en el símbolo de la superioridad de los griegos sobre los bárbaros», afirma Dominique Lenfant, profesora de historia antigua de la Universidad de Estrasburgo, especializada en Grecia y Persia. Una suerte de protoValmy, o «sorpresa divina» de la que los comunicadores de la época interpretaron perfectamente su sentido para inscribirla en la Historia.

De ese modo, todavía hoy en día, y para muchos historiadores, la batalla de Maratón se califica como decisiva. En realidad, ese éxito no cuestiona la victoria casi total de Persia. Entre el 499 a. C. y el 490, Darío I efectivamente reconquistó toda Jonia (la actual costa turca) perdida con ocasión de una rebelión apoyada por Atenas y Eretria. Poco después, cayeron también bajo su poder todas las islas del mar Egeo, Tracia y Macedonia y, más tarde, la isla de Eubea donde se encontraba la desafortunada Eretria, que fue devastada, y parte de su población deportada en el 490 a. C.

Los griegos no ganaron gran cosa en Maratón. Contrariamente a lo que sucedió con los atenienses. «Al rechazar al tirano [el extirano Hípias,\* que formaba parte del séquito de Darío] y al conquistador, la ciudad salvó su régimen democrático y su independencia», resume Dominique Lenfant. Lo que no es algo baladí, porque además, puede servir a dos objetivos.





Dirigidas hacia adelante, las lanzas de los hoplitas perforan fácilmente el mimbre de los escudos persas. Las flechas, armas esenciales del ejército de Darío, no pueden hacer nada contra las protecciones de bronce.